

## Monte Cristi en la poesía de Manuel Rueda

José Alcántara Almánzar  
Crítico – Ensayista – Narrador  
Santo Domingo

### Resumen

En este ensayo, el autor hace un recorrido por la poesía que el gran artista y escritor Manuel Rueda [1921-1999] dedicó a su provincia natal, Monte Cristi, una zona territorial del noroeste de la República Dominicana que hace frontera con Haití. Se trata de una región árida, llena de cactus y salinas, tradicionalmente olvidada por los gobiernos de turno, pero emblemática de toda esa parte geográfica, y que el poeta llevaba muy dentro en su corazón, a pesar de haberse formado como pianista en Chile y ser un hombre cosmopolita.

Palabras clave: Monte Cristi, Manuel Rueda, *Las metamorfosis de Makandal*, *La criatura terrestre*, *Las edades del viento*

### Abstract

This essay surveys the poems which Manuel Rueda (1921-1999) dedicated to his native Monte Cristi, located in northern Dominican Republic on the Haitian border. This arid region of cactus and salt flats was always neglected by the government but very dear to the poet's heart

Key Words:: Monte Cristi, Manuel Rueda, *Las metamorfosis de Makandal*, *La criatura terrestre*, *Las edades del viento*

Después de mucha insistencia, Manuel Rueda terminó por aceptar aquella invitación de unos compueblanos suyos a participar en una noche literaria en Monte Cristi, pese a su reticencia a involucrarse en ese tipo de actividades. Los organizadores de la velada querían que Manuel dedicara unos poemas a su pueblo y los leyera personalmente en el Club de Comercio, la noche del primero de noviembre de 1997. No se habían detenido a pensar, como él mismo decía, que en toda su obra, desde el principio, está presente aquella olvidada provincia fronteriza. Sin mucha convicción, pues, se puso a escribir, pero una vez inmerso en el proceso creativo surgieron tres sonetos espléndidos, al que añadió el soneto inédito “El sueño del soldado”, publicados

todos en *Isla Abierta* a fines de ese mismo mes.

El día convenido, muy temprano, salió Manuel de Santo Domingo, llegando al pueblo a la hora del bochorno. En la galería del hotel donde nos hospedamos, estuvimos conversando animadamente, yendo de un tema a otro, con evocaciones de Monte Cristi que encantaban a Ida, manzanillera de nacimiento, daban pretexto a Manolito Mora Serrano para explayarse en sabrosas anécdotas sobre recorridos pueblerinos en compañía de Freddy Gatón Arce, y me confirmaban una vez más el profundo amor de mi amigo y maestro por su pueblo natal. Y así estuvimos hasta la hora del almuerzo. Después Manuel descabezó un sueño y ya en la tardecita se sentía preparado para

enfrentarse a los pormenores de la ceremonia. Como era su costumbre, antes de la hora convenida ya estaba en el salón del centenario recinto, un enorme caserón de madera que alguna vez debió de haber sido majestuoso y que aquella noche proyectaba el brillo de sus luces hacia las lóbregas calles aledañas.

Recuerdo como ahora el calor, los ruidos de las sillas metálicas, los susurros de la gente mientras abarrotaba la sala, la solemnidad con que muchos acudían a escuchar y ver a sus poetas, las palabras en homenaje a Chery Jiménez Rivera pronunciadas por Mora Serrano y, finalmente, la exaltación pública de dos jóvenes poetas cuyos nombres he olvidado, mediante pergaminos otorgados por el Ayuntamiento local.

Manuel, con esa estoica paciencia de la que hacía acopio en momentos similares, permaneció tranquilo entre los miembros de la mesa principal, con la mirada y los oídos atentos a cuanto ocurría, hasta que le llegó su turno. Entonces fluyeron sus palabras, dichas con ese dramatismo que sabía imprimirle a sus escritos, siguiendo la melodía de la rima consonante de cuartetos y tercetos. El ritmo pausado y la entonación solemne que el poeta daba a sus propias criaturas mantenían en vilo al público, situándolo en un espacio intemporal. De repente surgía la magia de la provincia, rescatada del recuerdo por un artista inigualable, para quien la geografía montecristeña contenía significados telúricos que desbordaban todas las nociones, confundiendo él mismo con la tierra que le vio nacer:

Esta noche no tengo más empeño  
que ser tierra, ser árbol, ser camino  
ser la vida que llega a su destino  
traída por un canto y por un sueño.

Tiempo de amar lo grande y lo pequeño  
en un puro y alegre desatino  
siendo humano y sintiéndome divino  
y más que universal: montecristeño.

Llego, y conmigo la memoria viene  
de la casa materna y la sonrisa,  
del mango arzobispal que el patio tiene.

En un ansia de amor todo se irisa  
y apartando nostalgia y alabanza  
siento que Monte Cristi es la esperanza.

Los emblemas de Monte Cristi –el Morro, el reloj público–, algunos de sus personajes y autores conocidos, así como su legendaria historia adquirirían nuevos acentos en otro soneto. Manuel intentaba redimir del naufragio a su pueblo natal, como si aún

retumbara en las calles la amenaza que en 1927 profiriese Trujillo al salir de allí, del brazo de su flamante esposa, según fabuló el escritor en *Bienvenida y la noche*: “Me llevo la más bella flor de Monte Cristi. Este pueblo no se la merece. Juro que sabré

vengarme de todas las afrentas que me han hecho”.

En el soneto a que me refiero, Manuel, sin soslayar el vía crucis

montecristeño, mira con optimismo hacia el porvenir:

Morro en el canto, de Avelino y mío,  
de Evelina, de Chery, de Ramón,  
hecho con lumbre y hecho con rocío,  
Rostro del Cristo de la Redención.

Mares que dieron el escalofrío  
en la mente de Alonso de Pinzón,  
a las mismas gaviotas te confío  
que ayer fueron concordia y hoy canción.

Tu torre de las horas está muda  
pero el tiempo al pasar brilla y la escuda  
eslabonando ayeres y mañanas.

Hasta que caiga de lo alto, vivo,  
en un sonar de gloria ya cautivo  
todo el amanecer de sus campanas.

Durante toda su trayectoria literaria, Manuel no hizo sino ahondar cada vez más en su visión de Monte Cristi, sacando del surtidor de su visión de Monte Cristi, sacando del surtidor de su memoria emocional una serie de imágenes que nunca lo abandonaron. En “La criatura terrestre”,

poema del libro homónimo publicado en 1963, asistimos al nacimiento de una voz. En ese texto estremecedor, que es una de las más altas expresiones de la poesía dominicana contemporánea, el autor recupera momentos felices de una infancia dorada:

Y entré a una selva oscura. Era de noche  
y había fieras rondando. Y había hombres  
rondando. Y en lo alto y en lo hondo,  
oscuro y claro, yo volví los ojos  
hacia ti, pueblo mío arrinconado,  
mi pasado, mi flor, mi blanca sombra,  
donde apoyé los pies y puse el labio,  
donde dormí diez años al amparo de un regazo y la cálida montaña.  
Yo pasé por los arcos de tu piedra,  
pueblo enterrado en lluvia y en olvido,  
y sentí que mis muertos renacían.

Al libro *La criatura terrestre* pertenecen los conocidos “Cantos de la Frontera”, tan ligados a la experiencia vital

del autor. Fue él, de todos los poetas dominicanos del siglo XX, quien conoció y definió de manera más incisiva la tragedia

de nuestra zona limítrofe con Haití y trazó un agudo perfil del *rayano*, “ese tipo indeciso –como él mismo sostenía– que fluctuó siempre entre dos patrias colindantes sin tener fuerzas para decidirse por ninguna, un extraordinario símbolo de nuestra tierra,

única e indivisa hasta que el hombre la marcó con el oprobio necesario de una línea”. En el poema “La canción del rayano”, los versos dibujan un lugar paradisíaco donde se enseorea el muchacho destinado a convertirse en poeta:

A veces sucedíanse juegos y locas carreras a lo largo de la costa, pero me detenía el mar.  
Él solo era mi valla y yo me asemejaba a él en poderío y ansia de lo libre.  
Entre el cielo y el mar yo me movía con mi pequeña tierra en hombros, y ambos nos sosteníamos.  
Mi tierra respetada, oliendo como un grano de incienso en medio de las inmensidades abiertas y azules, acomodando la hoja de la guásima y el cedro, amontonando las ofrendas, en un ímpetu joven de pulpas chorreadoras.  
Mi tierra llena de bestias petrificadas al caer el sol y de blancas, lentas garzas, que planeaban sobre ellas, ingravidas como el humo o la ventisca.

En cada libro, Manuel dejaba constancia de su entrañable vínculo espiritual con Monte Cristi. Unas veces en tono nostálgico, aferrándose a las hebras de un recuerdo que por momentos está a punto

de desvanecerse. Otras como telón de fondo de una vida, la de Marina, su progenitora, patente en el poema “Mi madre, desde los 9 años”, del libro *Por los mares de la dama* (1976):

Mi madre fue un lazo de moaré rosado sobre una trenza oscura.  
Sus ojos de fotografía, acuosos y dulces, aún me miran,  
desarmada la pobrecilla en su esqueleto de 9 años, pero yo la conmino, la insto a seguir,  
porque es necesario que nos encontremos.

Y se pone a crecer, un poco por mi abuela y por el Chologogue Indio,  
hundiendo en gramática y ecuaciones compuestas sus empolvados encantos,  
tan provinciana ella, echando carnes,  
sueños, al pie del reloj público adquirido en Alemania  
por suscripción popular  
y junto al que todas las muchachas de entonces aprendieron paciencia.

Pero hay un costado lastimoso de Monte Cristi que el poeta escruta con mirada doliente, redescubriendo la inhóspita

provincia, como leemos en “El día justo”, poema incluido en *Las edades del viento* (1979):

Padre  
planicie de polvo huracanado  
en el mismo corazón de esta provincia  
que carga como una fortaleza todas las batallas del hombre  
o un cementerio donde los huesos arden  
olvido para esta tierra en declive que hoy busca mi mano  
para existir  
alegrarse un momento

decir adiós contra los cielos  
contra la tapia de ceniza del último cielo creado por la muerte  
sobre unos cambronales erizados.

Siempre hay en los poemas montecristeños de Manuel una tensión interna que se desplaza de lo geográfico a lo histórico. Por momentos el paisaje se vuelve contra el ser humano, como si la expulsión del edén lo condenara a luchar para sobrevivir, sin consuelo ni esperanzas. Es a ese mismo ámbito decadente donde el poeta retorna siempre, ilusionado en encontrar motivos para existir.

La muerte se presenta como un fantasma que ronda el pueblo, siendo la más terrible aquella matanza colectiva de haitianos desencadenada en 1937, a partir del instante en que el tirano furibundo dio la orden de exterminio. Obligado a ser testigo del horror, el ominoso recuerdo persiguió siempre a Manuel, hasta que logró exponerlo en “visiones y elegías”, uno de sus poemas más desgarradores, contenido en *Congregación del cuerpo único* (1989):

De Ouanaminthe a Cap Haitien a Monte Cristy  
kilómetros de lentitudes incendiadas  
de cenizas de troncos y bejucales inhóspitos  
pasando ríos pedregosos donde el agua es recuerdo  
descansando un momento junto a los puentes rotos.

El niño que eras mira. Será contada así la historia  
de esas minucias que fueron epopeya.

Y en la parte IV de este poema testimonial hallamos el súbito despertar del muchacho que entonces era el poeta,

arrancado de la tranquilidad del hogar y los afanes de la música:

Podrías llorar ahora tu ignorancia de muchacho  
metido de golpe entre tus partituras y tus libros.  
Acodado en el tiempo miras a través de las vidrieras  
y los espejuelos empañados  
hacia el sitio de la horrible visión  
hacia los altozanos donde se enrosca el grito de la prole  
hacia los montes despechugados y los cambronales  
florecidos de sangre fresca  
de negras banderas de piel humana  
cabelleras sembradas a ras de pedruscos  
cactus con su florcita asombrada: un ojo temblando en  
la punta de las espinas.

Las visiones de Monte Cristi acosaron a Manuel hasta su última obra, *Las metamorfosis de Makandal*, que publicara un año antes de morir. Makandal es justamente un “milagroso rayano”, “el demonio de la frontera”, “un brujo

mandinga”, “un animal-hombre” que es capaz de transformarse, alternativamente, en ave, pez, mamífero, batracio, camuflando su identidad en otras identidades subhumanas; galipote astuto y viril que toma cuerpo de ave rapaz o palmípeda, toro o caballo

indómito, gallo arrogante y pendenciero, es decir, todas las encarnaciones del macho agresivo, turgente, vigoroso sembrador de la especie en el vientre de las hembras. En el canto VII de “El libro del comienzo y del fin” de este gran libro con el que Manuel coronó su obra, las alusiones poseen una fuerte carga de sensualidad, en tanto que la atmósfera sobrenatural enmarca el origen del drama existencial del poeta-testigo:

“En Monte Cristi las puertas se cerraron a tu paso, joven príncipe arada que en la noche de los incendios hacía repiquetear las campanas en lo alto del templo. Hombre o fantasma, vivo o muerto, que atravesó el tablón de la cabecera para susurrarme los ensueños en una duermevela donde me reencontraba y me perdía, entre ríos profundos y corrientes que me llevaban a las plantas de aquél que yo sería y quedaba a la espera”.

Monte Cristi era para Manuel la génesis de la vida, el despertar de la conciencia y los sentidos; los mimos extremos de la abuela, la madre y las tías que llenaron su infancia; el mar, el sol abrasador, los días calurosos y polvorientos; los “toros” que en las fiestas de carnaval se sumaban a los temores que le habían infundido sus tías con lúgubres detalles de esos falsos demonios.

Monte Cristi resume también los atributos de una punzante geografía abandonada e inclemente, la historia de todos nuestros descalabros, espantos y alumbramientos, la coexistencia obligada con los vecinos maltratados.

Por último, en el soneto IV que leyó Manuel aquella noche de todos los santos, prefiguraba, sin saberlo, su propio final:

Y se desborda y sube de mi pecho  
el amor al hermano y al amigo,  
a la mujer tras cuya huella sigo  
y que estará al final, según sospecho.

Vida y muerte me ayudan en provecho  
de lo que soy y quiero y aún persigo.  
Como lo voy sintiendo así lo digo:  
Pueblo, de tus raíces estoy hecho.

Y me reencuentro en ti cuando ya viejo  
llego y me embarga el alma esta certeza  
de conocerme en huella y entrecejo.

Fui amasado en tu polvo, con tu arrullo.  
Que al morir pongan, bajo mi cabeza,  
como almohada eterna el polvo tuyo.